

FINALISTA XLIII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

**Lucía Rodríguez**

# **CLAVARSE LAS UÑAS**





JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue finalista del XLIII Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Paloma Sánchez-Garnica, Acacia Ruiz Sierra, Laura Corral Cabezas, Elisenda Hernández Janés, José Soler Fraile, María Victoria Pineda González, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2024

© Lucía Rodríguez, 2024

© Fundación José Manuel Lara, 2024

Avda. Reino Unido, 11, 1º. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Maquetación y diseño: Manuel Rosal

Fotografía de cubierta: Jorge Fabra Portela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 692-2024

ISBN: 978-84-19132-38-3

Printed in Spain–Impreso en España

A Daniel y a Jorge



## LA ESCULTURA

### 1

La escultura es de bronce. Está a punto de brotarle una pántina verdosa. Mide setenta centímetros. El acabado es mate.

Representa a una niña de pie. Seis años. Está descalza, lleva el pelo recogido y la falda a la altura de las rodillas, igual que el uniforme del colegio. Un dedo por encima de la rodilla es lo máximo que puede remangarse la falda. Hasta ahí le llega a la escultura.

Tiene la cabeza inclinada hacia abajo, su mirada es de párpado. Solo párpado. Es hermosa la escultura con su falda y su coleta, su tamaño perfecto, su color discreto. Sus manos recogidas, una conteniendo a la otra.

El hombre me regaló esa escultura.

Qué náusea imaginar el momento en que la vio, en una mesa larga y tosca plagada de la obra de un escultor hiperrealista. Él la detecta enseguida entre todas las otras. La quietísima, la indefensa, la pasiva. Esa es la que quiere.

Saca del bolsillo del pantalón billetes doblados en dos. Como una matrioska gorda, cada billete cubre y esconde al siguiente. El más valioso, el más rotundo es el que acoge al resto. Es la base que descansa directamente en la palma de su mano izquierda. Después los de cien, los de cincuenta,

los de veinte, hasta los últimos de cinco. Ordenados y planchaditos.

Los desdobra. El pulgar derecho acaricia diez o doce billetes y los entrega a cambio de la niña congelada.

¿Qué hace la niñita cuando ya no mira hacia abajo, cuando quiere soltarse el pelo, cuando se quita la falda?

Dice, idiota.

Piensa, imbécil, muérete. Muérete pronto.

La niña gira un poco la cabeza. Mira desde abajo, de reojo, por encima de la bota que le aplasta la oreja, la sien y el moflete deformado. Entonces, ruge, muerde la suela, la revienta, sigue por la planta del pie, le roe el metatarso por debajo. Se le deshace la coleta.

Y luego la extenuación, el vacío posterior, el anticlímax, el metabolismo basal. Lo hueco. Solo párpado de nuevo.

Durante un tiempo la escultura era lo primero que veía al entrar en casa. Le di un sitio preferente. Cuando empezó a darme asco no supe en qué rincón esconderla. Me hice con un mapa de ríos para arrojarla a un lugar apartado, pero de fácil acceso en coche, porque la niña pesa. Abandonarla semisumergida, a la intemperie, entre unas ramas y unas piedras, fresca, ladeada y, ahora sí, completamente cubierta de verdín, de cardenillo venenoso.

De momento sigue en una esquina de la terraza. Mira hacia abajo, le llueve encima, le caminan gorriones por delante, le cae el sol de plano a partir del mes de abril.

PARTE I  
PRECONCIENCIA, TERROR INFANTIL





Hubo un tiempo en que el hombre de la escultura me regalaba joyas, sobre todo gargantillas. Casi siempre eran de cordón, algunos gruesos, otros más finos pero todos cortos, de los que quedan pegados a la garganta. También me regaló una pulsera, una esclava.

El hombre de las joyas me sorprendió en una ocasión con un gorrioncito. Estaba tieso. Tieso por muerto y tieso porque era de oro macizo. Pesaba tanto que al principio tenía que agarrarlo con las dos manos. Fui creciendo y un día la palma de mi mano ya tuvo tamaño de gorrión. Me cupo entero.

La forma del pajarito era casi esférica por un lado y plana por el otro. Tenía la cabeza de lado, abandonada. A mi madre le encantó desde el principio. Un día se lo llevó a la habitación que usaba de despacho y lo colocó sobre una montaña de actas e informes. Un gorrioncito pisapapeles.

También me invitaba a comer a sitios caros. En una ocasión fuimos a un restaurante italiano que estaba cerca de mi colegio. Aunque era mediodía, el comedor estaba oscuro. El mantel a cuadros rojos y blancos tenía restos de cera de una vela puesta y repuesta mil veces sobre el mismo soporte. Un camarero la encendió. El hombre del gorrión, la escultura, los billetes, las joyas, dijo, es muy romántico estar con una señorita a la luz de una vela. Se me desplomó la mirada al borde del mantel, se me retorció la tripa, se me instaló la vergüenza. Me dio una arcada.

El hombre romántico venía a recogernos a mi hermano pequeño y a mí un fin de semana sí y uno no para pasar juntos el sábado y el domingo. Se ponía furioso si le hacíamos esperar en el portal, si tardaba en bajar el ascensor, si advertía mis ojos rojos e hinchados de haber llorado, si faltaban zapatillas en la maleta, si mis uñas estaban un poco largas, si las uñas de mi hermanito estaban un poco sucias, si mi peinado no era de su gusto.

Él siempre muy elegante. Tan alto. Tan culto.

Ojalá le merezca.

Ojalá le guste.

Ojalá me quiera.

Algunas frases que salían con frecuencia por detrás de la montaña de papeles que pisaba el gorrión muerto:

El hombre es muy bueno.

El hombre te quiere mucho.

Tienes mucha suerte con el hombre.

En una habitación enorme, el hombre ambiguo colocó su cama entre la de mi hermanito y la mía para cuando dormíamos en su casa. Roncaba tan fuerte que me despertaba en medio de la noche, arrebujaada y aterrorizada por los estertores de aquel sapo gigante.

Le gustaba mucho un juego al hombre sapo. Me tenía que poner a los pies de la cama. Él venía andando desde el fondo del cuarto. Cuando estaba a un metro, hacía como que tropezaba y se lanzaba sobre mí. Con su peso caíamos los dos al colchón, yo debajo, él encima. Empezaba a hacerme cosquillas. Fuerte. Notaba sus dedos muy profundos en mi costado. Un día le dije que me dolía. Paró en seco. Se incorporó muy serio, se estiró el jersey, se dio la vuelta. No volvió a hablar el resto del fin de semana.

Así no me elegirá nunca.

Así no le mereceré en la vida.

Así no le gustaré jamás.

### 3

Un día el hombre de las cosquillas trajo a una amiga. Nos la presentó a mi hermanito y a mí.

La había encontrado en un bar, detrás de una barra muy larga. Él tenía cuarenta y cuatro años y la identificó de inmediato: esa, la que parece un junco recién brotado. La que dice con voz templada, enseguida, señor, aquí tiene su café, señor. La de la coleta, la que devuelve una sonrisa retraída al cliente inoportuno, la que se disculpa, se me cayó una gota de vino al servirle su copa, señor.

Aunque vivía en otra ciudad la amiga del hombre cazador pasó a estar casi siempre presente cuando lo veíamos. Venía a misa, venía al teatro, a las cenas y los paseos, venía en las vacaciones más largas. El resto del tiempo no sé si estaba con el hombre. Ella hablaba poco de sus clases de doctorado en la universidad, de sus compañeros de estudio, de sus hermanas. Una presencia recogida, tenue, discreta.

Al hombre le gustaban los juegos interpretativos. Su preferido era el de la amiga criada. Durante las vacaciones lectivas, cuando ella no tenía clase, la invitaba a pasar unos días en su piso. Sus cosas estaban en el cuarto de servicio pegado a la cocina. Allí la instalaba el hombre, en el espacio al que se accedía por la escalera interior, en la hura sin calefacción ni ventana, en los únicos metros de la casa cuyo suelo –en lugar del parquet que empezaba justo al borde del cuartito– era frío de loseta. La amiga se encargaba de hacer la compra, de dejar la cocina limpia, de reponer bayetas y productos de limpieza cuando faltaban.

El hombre patrón hacía creer a todo el mundo que su amiga era la hija mayor. Mis hijas van a compartir dorada a la sal, decía al *maitre* cuando nos llevaba a un restaurante caro. El hermano pequeño tomaba un filetito empanado. La conversación pasaba a girar en torno a la ficción de que la amiga pedía permiso para hacer cosas de su edad y el hombre padre de todas, autoritario y vigilante, ponderaba la situación y permitía hacer o no. En el juego no la dejaba ir de viaje de fin de curso y ella suplicaba y decía por favor, por favor, que será muy divertido. Y debía de serlo porque se reían mucho. En cambio, el hombre hacía como que sí la dejaba asistir a un seminario sobre una asignatura de su carrera, pero no podía comprarse un bolso nuevo que era muy caro. El barullo de las hijas amantes y las amantes hijas.

Nos enloquecía. Dispuestas como estábamos a satisfacerle sin reservas, éramos incapaces de anticipar su humor. Nos quería niñas, sí, pero inertes: detestaba que jugáramos a no pisar las rayas de los adoquines, a inventarnos letras de canciones, a probar todos los perfumes de una tienda. Nenas sí, pero mortecinas: si hablábamos alto, si reíamos fuerte, si bailábamos con la orquestina del parque, él arrancaba una mirada lacerante de su cara enjuta para arrojárnosla en un disparo de repudio. Crías sí, pero ensimismadas: nunca veíamos a nadie que no fuera él.

#### 4

Fue más o menos cuando lo del gorrioncito muerto que empecé a restregarme. Sobre todo, en el colegio, contra el pico del pupitre, contra el borde del lavabo, contra unos contrafuertes de hierro que llegaban hasta el suelo y que en el recreo otras usaban como escoba de bruja, como caballo de

princesa. La profesora me decía a menudo, se te va a poner esto así. «Esto» lo acompañaba apuntando hacia su propia vulva. Para enseñarme el «así», separaba sus manos un metro aproximadamente. Esto, así. Esto, así.

Nadie más parecía reparar en los restregones. Mis compañeras no preguntaban, no lo reproducían, no se interesaban. Jugaban y multiplicaban la tabla del dos mientras yo frotaba con ahínco. Un día en el recreo vi a una niña de otra clase que hacía movimientos parecidos en el borde de un escaloncito que dividía el patio en dos. Lo probé. Una frente a la otra. Se llamaba Carmen.

¿Qué le estaría pasando a Carmen en su casa?

## 5

Antes de conocer a su amiga.

Mucho antes de que me regalara la escultura, antes de las comidas con velas y de que empezara a recogerme en función de un calendario –ahora te libras, ahora no te libras–, antes de todo aquello el hombre de las cosquillas se construyó un chalet en las afueras.

Recuerdo muy poco y muy deslavazado. Una casa grande lejos de la ciudad. Tres plantas, muchas estancias vacías, algunas con olor a humedad. Eco.

Recuerdo que en esa misma urbanización vivían un futbolista inglés de primera división y un productor de cine. No recuerdo, pero supongo, que ellos buscaban sosiego y refugio de la fama donde el hombre buscaba oquedades.

Recuerdo que no había forma de llegar ni de salir en transporte público.

Los chalets estaban separados por varias hectáreas de terreno. La empleada de hogar estaba interna. Apenas

recuerdo, pero me consta que mi madre vivió también allí conmigo.

Recuerdo las dos perras que el hombre compró para completar el jardín y las largas correas de hierro, un extremo anclado a la caseta, el otro al cuello de cada una de las perras. Me chirría aún en la cabeza el ruido continuo de los eslabones arrastrándose por el asfalto, toda la mañana y toda la noche, de un lado a otro. Recuerdo que de tanto en tanto el runrún metálico remataba en un acento, un ruido más seco seguido por dos segundos de silencio cuando la cadena ya no daba más. Casi todos los días las correas acababan enredándose y las perras se daban dentelladas la una a la otra, asfixiadas por la falta de espacio y la presencia opresiva de la víctima espejo.

Recuerdo que sentía miedo de esas perras rabiosas. El hombre sádico las hacía sentarse cuando me acercaba. Le obedecían de inmediato. Entonces me dejaba acariciarlas con el pie, poner mi botita forrada de borrego sobre el lomo de una perra y luego la otra. Mi madre, a varios metros de distancia, miraba con mi hermano en brazos, un recién nacido envuelto en mantas.

Recuerdo el día que mi madre se fue de esa casa. La interna se fue también. Nunca volvieron. Yo sí volví. Y volví de nuevo con mi hermanito. Y volví otra vez en función de un calendario quincenal –ahora te libras, ahora no te libras–. Y seguí volviendo durante años, un fin de semana de cada dos.

En la planta de en medio de ese chalet era donde jugábamos a las cosquillas. Donde se me daba la vuelta el cuerpo entero si me notaba los ojos de haber llorado.

Así no me elegirá nunca.

Así no le mereceré en la vida.

Así no le gustaré jamás.

La primera vez que mentí fue por una clase de judo.

Me confesé un mes antes de hacer la primera comunión. Cuatro curas sentados en el altar de la capilla del colegio, cuatro sillitas vacías colocadas a su lado y una fila de escolares que iba pasando a la vista de profesores y padrinos.

Padre, me confieso de que he mentido: le dije a mi madre que había ido a judo y no fui. Me quedé en el recreo.

Mirada de párpado, coleta pulida, voz tenue, manos en la falda, piernas juntas.

De las clases de judo detestaba el cuerpo a cuerpo, agarrarme a niños que veía por primera vez, las hiperextensiones, la alerta constante, el combate. Ningún elemento de esta retahíla convencía a mi madre, que sabía ser inflexible y vigilaba cada lunes y cada miércoles cómo preparaba la mochila del día siguiente con la equipación completa: el cinturón blanco-amarillo, el pantalón, la chaqueta.

Tienes que ir.

Mamá, por favor, no quiero. Por favor, quiero quedarme en el recreo.

Tienes que ir.

Lo que ella no decía, pero sobrevolaba entre su mirada y mis manos dentro de la mochila gris:

Tienes que aprender a defenderte tú solita.

Tienes que ser capaz de protegerte tú misma.

Que te enseñen los señores del judo.

Y también hacían el trayecto entre su mirada y mis manos, sobrevolando de ida y vuelta:

El hombre es muy bueno.

El hombre te quiere mucho.

Tienes mucha suerte con el hombre.

Así que es obligatorio que vayas a judo.

De pronto, un día, la posibilidad de la mentira abriéndose paso como una grieta de luz, cambiándolo todo, alterando el estado de las cosas, otorgándome una cantidad casi inmanejable de poder. Una grieta consistente tan solo en no ir. No ir y no decir nada. No ir y quedarme en el patio resregándome. No ir y aparecer después con la falda plisada, la cabeza ladeada, las manitas juntas.

## 7

La ensoñación era otra grieta.

Cada noche antes de dormir recreaba la misma fantasía. Algo parecido a ojalá se muera, ojalá se estampe en la carretera, ojalá le venga un camión de frente y su Audi quede como un acordeón y no le puedan sacar los bomberos. Ojalá me llamen un día al colegio, me recoja mi madre apesadumbrada y diga entre sollozos, el hombre, el hombre, el hombre ha muerto. Que ella como divorciada no sepa bien cuál es su papel en la gestión del retorno del cuerpo. Y yo llore. Llore de alivio, de posibilidad, de consuelo. Llore de descanso.

Un día oí al padre de una amiga decir que Audi era uno de los vehículos más seguros del mercado. Esa noche la fantasía cambió de forma. El hombre empresario había comprado un espejito para mirar los bajos del coche porque había aparecido en listas de objetivos, habían encontrado su nombre en zulos estratégicos. Ojalá un día en el parking del hotel donde suele alojarse en sus viajes de trabajo. Que de nuevo alguien venga a avisarme al colegio. Mi madre, sus lamentos. En ese caso del cadáver se encargaría el Estado. El mismo llanto de alivio, el mismo bálsamo.

Y así, en el huequito de la grieta, me quedaba dormida.



Padre no hay más que uno.

(Menos mal).

Nadie te va a querer como te quiere tu padre.

(Menos mal).

Mi padre no murió en un accidente de coche. A mi padre no le mató ETA. No tiene colesterol, ni riesgo coronario. En mi familia paterna no hay antecedentes de demencia, ni enfermedad degenerativa. La esperanza ha sido siempre mínima. Su madre murió con noventa y siete años, su padre con ochenta y cuatro.

Accidente de tráfico.

Atentado terrorista.

Envenenamiento echando insecticida en el zumo de naranja.

Envenenamiento sacando el polvo de los cebos para cucarachas y mezclándolos con la levadura de cerveza. Su color es parecido.

Cáncer de páncreas –pedir el deseo cuando se me cae una pestaña, la atrapo, la pongo en la punta del dedo índice y soplo.

Cáncer de hígado –pedir el deseo con los ojos muy prietos mientras mojo los dedos en el agua de Lourdes.

Tumor cerebral –desearlo con los ojos cerrados al apagar las velas de cumpleaños.

Atragantamiento con el tapón de las gotas para los ojos. Papá, por favor ¿me abres con los dientes este frasco, que yo no puedo?

Puñal afilado, colocado de punta sobre su colchón, tapado con las cuatro mantas que utiliza cada noche.

Disparo a bocajarro, en el abdomen. Recordar llevar guantes por las huellas dactilares. Soltar la pistola. ¿Cómo se consigue una pistola? Salir corriendo. Que me encuentre

el futbolista inglés, decir que me he perdido, que venga mi madre en coche a recogerme, contárselo todo. Convencerla para que no me delate.

¿Me delataría?

## 9

Un día apareció otro hombre. Llegó a la hora de comer un viernes de principios de septiembre. Yo tenía ocho años.

Mi madre se había pasado la mañana en el baño cubriéndose las pestañas con una máscara embetunada y grumosa. Le llevaba mucho tiempo porque había que esperar entre capa y capa a que la pasta se secase. Eran mínimo tres capas.

Me encantaba sentarme en la tapa del váter a mirar cómo ese rito iba transformando los ojos color miel de mi madre. Abundancia materna. Ella mientras tanto me contaba su encuentro con el otro hombre hacía un mes escaso. Insistía en que era un señor muy importante, el tercero más importante de España, decía. ¿Cómo se hará esa lista? ¿Qué lugar ocuparé en esa lista?, pensaba.

Estábamos nerviosas. Yo también quería ponerme guapa, ser encantadora, hacerme irresistible para el tercer hombre de España. Pero solo tenía a mano bañadores gastados, camisetas viejas y pantalones cortos. Eran nuestros últimos días de vacaciones en la casita de adobe que mi madre había heredado en el campo. Mi hermano jugaba al balón fuera de casa, pateándolo una y otra vez contra el muro de piedra, ajeno a la llegada inminente de aquel hombre, despreocupado de lo importante que era.

Apareció en un coche blanco. Era calvo. Fumaba. Tenía barba canosa y ojos saltones. Llevaba una camisa de cuadros verdes y morados.

Mi madre me dio una cesta de mimbre para que fuera a recoger unos tomates de ensalada. Julia, enséñale dónde está el huerto, dijo.

Él me siguió por un breve camino de tierra. Apenas hablaba, no intentaba ser simpático. Aquí es, dije cuando llegamos. Cogió la cesta de mimbre de mis manos y señaló una fila de tomateras. Tú recoge por ahí, mandaba con naturalidad. Yo dudaba si algunas piezas estaban lo suficientemente maduras y le preguntaba. ¿Esta vale? Respondía sin blanduras, sin halagos, sin incitación.

No había en su voz ni en su mirada ningún amago de interés hacia mí. Le gustaba solo mi madre, por eso había venido. Al terminar de comer fui a jugar a la viña, me hice un hatillo de sarmientos y trepé a la higuera para alcanzar algunos higos altos que aún no se habían caído. Me gustaba comerlos con piel y todo.

Al caer la tarde mi madre llamó desde la casa.

Se va el otro hombre, ¡despídetel!

Él movió la mano a lo lejos y le saludé de vuelta desde encima de la higuera.

Esa noche, mientras se quitaba los regueros de rímel con leche limpiadora, mi madre hablaba sin parar:

Es muy simpático. Me he sentido muy a gusto, creo que él también.

La verdad es que me parece encantador.

Ay, yo creo que ha ido muy bien, ¿tú crees que ha ido bien?

Aunque no le has hecho apenas caso.

El otro hombre se llamaba Tomás.

Seis meses más tarde Tomás vino a vivir a nuestra casa. Se besaban continuamente. Cuando mi madre llevaba una camisa con bolsillo, él metía la mano jugando y le tocaba el pecho por fuera. Si sonaba una canción en la radio, dejaban la cena empantanada y se ponían a bailar en el hueco entre la mesa y la placa de gas.

Desde que Tomás vivía en casa, mi madre me había desterrado de su cama. Por primera vez dormía en mi propio cuarto, en mi propio colchón, en mi propia sábana. Su cuerpo, su molicie y su calor se habían convertido en algo diferente, algo que sorbía el otro hombre.

Pintarme los labios dejó de ser lo primero que hacía al llegar a casa del colegio. También dejé de ponerme en el pelo la sábana que simulaba una larguísima melena. Ya no me transformaba en lo que entendía que era la cúspide de la feminidad y la belleza. No sabía cómo encarnarlo ante la mirada extraña de un hombre nuevo, de un hombre ajeno.

Con él llegó la primera canción protesta que escuché y un halo de madre adúltera en mi colegio de curas. También las segundas mentiras: ¿ese hombre? No sé quién es. No, no le conozco. No, no es el novio de mi madre.

Con Tomás llegaron las paellas que le encantaba cocinar cada domingo. Huevos fritos con puntillitas, jamón del bueno, regalos de San Valentín. Esas navidades montó el primer Belén con agua corriente que vi en mi vida. Y estaba en el salón de mi casa.

Un día se me escapó. No me di cuenta.

El hombre violento puso la televisión. En ese momento salieron unas imágenes de Tomás entrando en el Parlamento,

rodeado de varias cámaras y hablando con otras personas. Unos segundos.

Sentí una emoción muy aguda. Era la primera vez que veía en la televisión a alguien que yo conocía.

¡Pero si ese es Tomás! ¡Es Tomás! ¡Sí, ahí está Tomás!

¿Cómo que Tomás? ¿Pero tú conoces a ese señor? La voz más abisal del mundo.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Di, ¿qué pasa, te has quedado muda? ¿De qué le conoces? Le conozco porque es amigo de mamá.

Apagó la tele, se levantó del sofá, salió del salón y se encerró en su despacho. La amiga hermana me miró, volvió la cabeza de nuevo al frente, hizo con la lengua un chasquido de fastidio y se fue a la cocina. Mi hermano pequeño sacó unos cochecitos de juguete y empezó a hacer brun brun brun encima de la alfombra.

El hombre no volvió a hablarnos en todo el fin de semana. Comimos en silencio, cenamos en silencio, desayunamos en silencio.

Así no le gustaré jamás.

Ser más tenue, más discreta, más contenida.

Más párpado, más párpado.

Ser solo párpado.

## 12

El verano siguiente Tomás nos llevó en su coche blanco a conocer el pueblo donde se había comprado una casa frente al mar. Viajábamos de noche. Desde el asiento de atrás me entretenía mirando cómo la luna creciente entraba y salía

de un ciprés, un pino, montículos, peñas, fábricas, túneles. Todo lo que se deja atrás en la carretera hasta la playa. Como siempre el hermanito se recostó en mi regazo y se durmió. Al cabo de un rato yo también me dormí.

Llegamos de madrugada y nada más aparcar el coche en la puerta, salió la vecina de la casa de al lado. Se llamaba Reme. Sin preguntar cogió algunos de nuestros bultos y nos dijo a mi madre, a mi hermano y a mí dónde teníamos que ir cada uno, dónde estaban las habitaciones y los cuartos de baño. Cuando dejó todo organizado, se volvió a casa.

Sus ojos eran verdosos, con muchas motas en tonos marrones. Era bajita y tenía forma de triángulo invertido, ancha de hombros y escurrida de cintura para abajo. Parecía imposible que unos muslos tan flacos soportaran el peso de aquel busto enorme que costaba rebasar para saludarla con un beso. Yo creía que por eso andaba con las piernas separadas, para conseguir más estabilidad y no caerse de boca.

Al despertar a la mañana siguiente, fue todo decepción. La playa era de agua turbia y piedras irregulares que hacían un daño terrible en los pies. Además, estaba al lado de una fábrica de cemento. Esa parte de la costa seguía siendo lo de siempre, un lugar humilde y feúcho. En el primer baño me puse a bucear cerca de la orilla buscando boquerones y cristalitos romos, pero no se veía nada. Por la tarde Reme me invitó a merendar. La puerta de su casa daba a un patio y estaba siempre entreabierta, con las persianas echadas para que no entrara la solana de poniente.

Nos puso la tele a sus hijas y a mí, un bol de cereales y leche fría a cada una y se sentó a coser en una silla pegada a nosotras. De su casa lo que más me gustaba era la

balaustrada blanca que separaba el patio de la calle. Tenía la altura perfecta para que desde fuera las vecinas pudieran apoyar el brazo, doblar un poco la cintura, coger un quinto de cerveza y unos picos de pan.

Empecé a ir con las hijas de Reme a todas partes. Tenían edades cercanas a la mía, una un poco mayor y la otra algo más pequeña. Tocaban al timbre de casa de Tomás antes del mediodía para bajar juntas a la playa. Nos separábamos para comer, volvíamos a vernos a la hora de la merienda y seguíamos jugando hasta que mi madre llamaba a cenar. Aunque me acostaba tarde, me gustaba quedarme en la cama un buen rato despierta, atenta a los ruidos de la casa, tan distintos. Las risas y las conversaciones de los vecinos en el patio de Reme, el murmullo del cine de verano, el mar, el estrépito de cazuelas, las aspas del ventilador, la voz de mi madre, la risa de su novio, el chasquido de un mechero.

Mi madre estaba tan contenta, mi padre tan lejos y yo era todavía tan niña que podía ir en bañador de la mañana a la noche, llevar el pelo enredado y comer cornetos de nata a cualquier hora. Tomás intervenía poco y casi siempre para conquistarme espacio y posibilidades. Le decía a mi madre, déjala. Déjala que entre, déjala que salga, déjala que vaya en bici hasta los túneles del cantal, déjala.

Ese verano casi me olvidé de restregarme. Estaba atenta a otras capacidades recién adquiridas: nadar más lejos, patinar más rápido, aguantar más segundos haciendo el pino, resistir el hambre y la sed para no tener que recogerme en casa, pedalear bajo el sol ardiente y sucumbir a la noche para renacer cada mañana. Mi piel había cambiado por completo, morena y cuarteada, con un polvito blanco de sequedad porque no había tiempo para cremas, ni las de antes del sol ni las de después.